

# LA CASA

De Carlos Gamerro



Mi historia estaba escrita desde siempre y para siempre en la quebradiza serie de pergaminos que garabateó Melquíades, intentó leer sin éxito José Arcadio Segundo y terminaría descifrando Aureliano, una vez transcurridos los cien años prefijados. Yo era la mejor de una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas: tenía una salita amplia y bien iluminada, un comedor en forma de terraza con flores de colores alegres, dos dormitorios, un patio con un castaño gigantesco al cual mi constructor, José Arcadio Buendía, terminaría sus días atado, a veces acompañado por el fantasma de su compadre Prudencio Aguilar, a veces solo, soñando que erraba por el laberinto infinito de mis cuartos, hasta la vez que no encontró el camino de regreso.

No fue la primera de las muertes que me tocó albergar, ya que antes se había extinguido entre mis paredes la vida breve de Remedios, la esposa-niña de Aureliano, con dos gemelos atravesados en su vientre; y ciertamente no sería la última, pues una casa era, en aquellos tiempos y parajes, umbral de la vida y de la muerte, no como hoy en las ciudades, donde los hospitales les han usurpado sus más vitales prerrogativas, dejándoles apenas la tarea de albergar vidas disminuidas. Las casas como yo estábamos vivas, crecíamos a la par de las familias, y moríamos con ellas.

A poco de levantarme José Arcadio me agregó un cuarto en el cual estudiaba y conducía sus experimentos: el imán que usaría para desentrañar de la tierra el oro con el que iba a empedrarme, la lupa gigante con la que por poco me incendia, la educación de sus dos hijos; cuarto que pasaría a manos de su hijo Aureliano, que aprendería en él el infinit arte de hacer pescaditos de oro, que abandonaría para promover treinta y dos levantamientos armados, perderlos todos y regresar, al fin de sus días, a mí y a los pescaditos. José Arcadio Buendía fue quien me levantó, pero fue su mujer, Úrsula Iguarán, la que me conservó con vida – y ya sabemos cuánto más fácil es construir que mantener.

Ella fue la que se negó a abandonarme cuando su esposo quiso trasladar Macondo, la que se decidió a ampliarme, tras la peste del insomnio, cuando ya se habían sumado una tercera hija, Amaranta, y Rebeca, que se había presentado ante mis puertas arrastrando el talego que conte-

nia los huesos de sus padres, que se entrometían en el trajín de los obreros que me regalaron una sala formal para las visitas, otra más cómoda y fresca para uso diario, un comedor para una mesa de doce puestos, nueve dormitorios con ventanas hacia el patio y un largo corredor protegido del resplandor del mediodía por un jardín de rosas, un nuevo granero para reemplazar al viejo en el cual Pilar Ternera le había leído el porvenir, más en su miembro que en las barajas, al primogénito José Arcadio.

Mis paredes cobijaron a su hijo Arcadio, fusilado por los conservadores contra la pared del cementerio; a los nunca consumados amores ilícitos de Aureliano José con su tía Amaranta; por mi puerta delantera entró el hilo de sangre que partió de la casa que compartían José Arcadio y Rebeca, cruzó el pueblo y tras atravesar mi la sala de visitas, pegado a las paredes para no manchar los tapices, apareció en la cocina ante Úrsula, para alertarla de la muerte de su primer hijo; a mí llegó desde el páramo Fernanda del Carpio con su bacinilla que resultó tener de oro apenas las incrustaciones del escudo y permaneció en la muerte intacta como deseó haber vivido, preservada por los vapores de mercurio que pulverizó en su cuarto José Arcadio; no, quise decir Aureliano – a veces yo también me confundo – hijo de los amores ilícitos de su hija Meme con Mauricio Babilonia, que cayó en una emboscada de la policía mientras que en medio de un revoloteo de mariposas amarillas se descolgaba del techo del baño. En el mismo baño se distraía matando alacranes totalmente desnuda durante horas Remedios la bella, atrayendo hasta una dura muerte contra mis baldosas al hombre que la espía desde el techo; en él Fernanda quiso ahogar, pero no se atrevió, a su nieto Aureliano, en la misma alberca en la que encontrarían muerto a José Arcadio, ahogado por los cuatro mancebos con los que solía solazarse, flotando con los ojos abiertos y todavía pensando en Amaranta. Mi baño nunca fue un lugar demasiado seguro.

Hasta mí trajeron para ser bautizados a los diecisiete hijos que tuvo el coronel Aureliano Buendía con diecisiete mujeres distintas, y de mí partieron llevando sobre la frente la indeleble cruz de ceniza que le serviría de blanco a quienes los asesinaron.

Entre mis paredes murió José Arcadio Segundo, que quizá fuera Aureliano Segundo, yéndose de bruces sobre los todavía indescifrados pergaminos en que estaba escrito su destino; y en ese mismo instante, en la cama de Fernanda como había prometido, sucumbía a los cangrejos que le carcomían la garganta Aureliano Segundo, que quizá fuera José Arcadio Segundo; los borrachitos tristes del cortejo los enterraron en tumbas equivocadas que quizá fueran las correctas.

Sobreviví a la peste del insomnio, a treinta y dos guerras civiles, a la invasión bananera de los gringos, al aguacero que duró cuatro años, once meses y dos días y al estrago de las hormigas coloradas. Amaranta Úrsula, recién llegada de Europa, se impuso por última vez la tarea de renovarme, y tres meses después de su llegada yo respiraba otra vez el aire de juventud y de fiesta que tuve en los tiempos de la pianola, hasta que ella y Aureliano Babilonia engendraron el niño con cola de puerco que tanto había temido parir

Úrsula Iguarán, y con él, último de la estirpe, se cerró el círculo de sus vidas, y la mía.

Soy todas las casas que vivieron y murieron con sus habitantes: soy la casa de Usher, cuna y sepulcro del incesto de Roderick y Madeline; soy la mansión que el rencor del niño que sería el coronel Sutpen levantaría del barro y se convertiría en cenizas junto al último miembro de una dinastía truncada; soy la casa de veraneo cuyo corazón se detiene junto al de la señora Ramsay y que se afloja como un chal deshilachado; la casa de la calle Forida que cuenta su propia historia mientras los obreros la tiran abajo; la casa de don Marcial, en la que el tiempo invertido repara sus propios estragos; la casa inteligente que sigue cocinando desayunos y leyéndole en voz alta a sus habitantes evaporados en una súbita atomización de sus moléculas orgánicas; soy Macondo, soy Colombia, soy América Latina, soy el mundo y todos sus habitantes; lejos de borrar-me de la faz de la Tierra y desterrarme de la memoria de los hombres, el huracán bíblico que me levantó por los aires me llevó a cada uno de sus rincones, haciendo de mí la casa de todos.

**Carlos Gamerro (Argentina).** Es autor de las novelas *Las Islas* (1998), *Cardenio* (2016), *La jaula de los onas* (2021), entre otras. Sus ensayos incluyen *El nacimiento de la literatura argentina* y otros ensayos (2006), *Ulises, Claves de lectura* (2008), *Ficciones barrocas* (2010), *Facundo o Martín Fierro, Borges y los clásicos* (2016) y *Siete*

ensayos sobre la peste (2022). Ha traducido *Hamlet*, *El mercader de Venecia* y *Romeo y Julieta* de Shakespeare. En 2011 se estrenó en el Teatro Alvear de Buenos Aires su obra teatral *Las Islas*, con dirección de Alejandro Tantanian.